

NOVENA A SANTO DOMINGO DE GUZMAN "PREDICADOR DE LA GRACIA"

DIA 8º DOCTOR DE LA VERDAD

En el libro del crucificado se aprende que la santidad no consiste en ser raro y hacer cosas raras, sino en dejarse alcanzar por el Espíritu Santo para ser transfigurados a semejanza del Hijo. Esta es la Verdad, que no es cosa académica, sino de Vida. Mucho mirar al Señor y dialogar con El, de día y de noche, estando sentado o de pie o en camino. Mucho aprender a amar como él ama. Mucho leer en la cruz y transformar el sufrimiento en un don gratuito de sí en favor de todos. Muchos kilómetros a pie, entonces se medía en leguas, por los itinerarios de la vida. Muchas personas encontradas. Muchas ciudades y parajes. Mucho silencio y mucha plegaria, de la que brota la Palabra. Domingo, sacerdote del Señor, se adentró en Jesús y Jesús en Domingo. Nadie escapaba a su compasión y para todos tenía la Palabra y el Alimento Vivos que ponía a su disposición. Domingo sazónaba todo con un testimonio (no era postre prefabricado) que brotaban del perenne abrazo con el crucificado, hecho Eucaristía y Predicación. La Verdad es una y única y no se aprende en libros o estructuras. Se adquiere a base de Amor y Don. El Evangelio no es objeto de edición erudita, sino Vida para compartir y comunicar. Domingo de Guzmán no es "rata de biblioteca" ni quiere que los predicadores de la gracia lo sean: los quiere libres y desasidos para configurarse con Jesucristo hasta el extremo del amor a Dios y al género humano... como el Señor. Cada comunidad (que no está definida por las piedras del convento, sino por la gracia consecratoria del bautismo), cada monja, cada fraile, cada seglar, cada sacerdote diocesano... que comparte la vocación de Santo Domingo de Guzmán se sabe urgido a apoyarse en la única Verdad: para predicar sólo a Jesucristo, sin rebajas ni de memoria.

DEL EVANGELIO SEGÚN SAN JUAN (Jn 1, 1-18)

En el principio existía el Verbo, y el Verbo estaba con Dios, y el Verbo era Dios. El estaba en el principio con Dios. Todas las cosas fueron hechas por medio de El, y sin El nada de lo que ha sido hecho, fue hecho. En El estaba la vida, y la vida era la luz de los hombres. Y la luz brilla en las tinieblas, y las tinieblas no la comprendieron. Vino al mundo un hombre enviado por Dios, cuyo nombre era Juan. Este vino como testigo, para testificar de la luz, a fin de que todos creyeran por medio de él. No era él la luz, sino que vino para dar testimonio de la luz. Existía la luz verdadera que, al venir al mundo, alumbra a todo hombre. En el mundo estaba, y el mundo fue hecho por medio de El, y el mundo no le conoció. A lo suyo vino, y los suyos no le recibieron. Pero a todos los que le recibieron, les dio el derecho de llegar a ser hijos de Dios, es decir, a los que creen en su nombre, que no nacieron de sangre, ni de la voluntad de la carne, ni de la voluntad del hombre, sino de Dios. Y el Verbo se hizo carne, y habitó entre nosotros, y vimos su gloria, gloria como del unigénito del Padre, lleno de gracia y de verdad. Juan dio testimonio de El y clamó, diciendo: Este era del que yo decía: "El que viene después de mí, es antes de mí, porque era primero que yo. Pues de su plenitud todos hemos recibido, y gracia sobre gracia. Porque la ley fue dada por medio de Moisés; la gracia y la verdad fueron hechas realidad por medio de Jesucristo. Nadie ha visto jamás a Dios; el unigénito Dios, que está en el seno del Padre, El le ha dado a conocer.

DEL CONCILIO VATICANO II (Lumen Gentium 40)

El divino Maestro y Modelo de toda perfección, el Señor Jesús, predicó a todos y cada uno de sus discípulos, cualquiera que fuese su condición, la santidad de vida, de la que El es iniciador y consumidor: «Sed, pues, vosotros perfectos, como vuestro Padre celestial es perfecto». Envió a todos el Espíritu Santo para que los mueva interiormente a amar a Dios con todo el corazón, con toda el alma, con toda la mente y con todas las fuerzas y a amarse mutuamente como Cristo les amó. Los seguidores de Cristo, llamados por

Dios no en razón de sus obras, sino en virtud del designio y gracia divinos y justificados en el Señor Jesús, han sido hechos por el bautismo, sacramento de la fe, verdaderos hijos de Dios y partícipes de la divina naturaleza, y, por lo mismo, realmente santos. En consecuencia, es necesario que con la ayuda de Dios conserven y perfeccionen en su vida la santificación que recibieron. Es, pues, completamente claro que todos los fieles, de cualquier estado o condición, están llamados a la plenitud de la vida cristiana y a la perfección de la caridad, y esta santidad suscita un nivel de vida más humano incluso en la sociedad terrena. En el logro de esta perfección empeñen los fieles las fuerzas recibidas según la medida de la donación de Cristo, a fin de que, siguiendo sus huellas y hechos conformes a su imagen, obedeciendo en todo a la voluntad del Padre, se entreguen con toda su alma a la gloria de Dios y al servicio del prójimo. Así, la santidad del Pueblo de Dios producirá abundantes frutos.

ORACION: Dios todopoderoso y eterno, por intercesión de Santo Domingo de Guzmán, infúndenos el amor a ti, Verdad Eterna. Para que, revestidos de ti por el Bautismo, anunciemos a todos, de obra y palabra, el Santo Nombre de tu Hijo. Que todos lleguemos al conocimiento de la Verdad y gustemos la Santidad, que es el fruto de la salvación. Por el mismo Jesucristo, Nuestro Señor, tu Hijo, que contigo vive y Reina en la unidad del Espíritu Santo, Dios y hombre verdadero, por los siglos de los siglos...